

Fin y forma de una Catalunya radical, de José Luis Álvarez en La Vanguardia

OPINIÓN

En los últimos meses, el president Mas ha legitimado repetidamente el derecho a decidir en, literalmente, una democracia “radical”, forma política opuesta a las clases medias, líderes por décadas del catalanismo, de las que CiU es el agente electoral.

Aristóteles inició una distinción, adoptada por los teorizadores de la división de poderes pero despreciada por los defensores de un poder ejecutivo irrestricto, como Maquiavelo, entre el fin y la forma de un régimen. El fin es la causa final, la idea de virtud que una comunidad intenta encarnar. Por ejemplo: ¿habrá movilidad social? ¿Será el mérito su clave? ¿Quién pagará la igualdad de oportunidades? ¿Cómo se competirá globalmente mientras se elevan los estándares de vida del ciudadano?

Es difícil encontrar respuestas a estas cuestiones finalistas –que, por cierto, sí preocupan a Pujol, quien nombra a la movilidad social “el ascensor”– en la literatura independentista. Cuando se examina el comportamiento del Govern en economía, para inducir posibles ideas sustanciales sobre Catalunya, sus iniciativas parecen... ¡tan españolas!: turismo y ocio. Los parques y casinos de Tarragona, el Alcorcón o Estoril catalán y la españolísima lotería reflejan una imaginación ibérica similar.

Ausentes argumentos económicos y sociales finalistas, los soberanistas proponen valores normativos diferenciales: su causa sería regeneracionista, moral. Sin embargo, ¿es CiU más regeneracionista que PP o PSOE?; ¿son los medios públicos de comunicación de la Generalitat más neutrales y objetivos que Telemadrid? Si se aplican estándares de lógica, causación y consistencia, el soberanismo no resulta más moral que el unionismo. Y al revés.

El soberanismo es transición sin fin sustancial, sin proyecto de vida justo y virtuoso. No es una descalificación. Pocos países lo tienen. Tampoco España. El independentismo no tiene fin. Sí tiene carácter, el que Platón llama Thumos: la preservación del propio cuerpo social.

La ausencia de fin hace más importante la forma. Como advertía Tocqueville en Democracia en América, los ciudadanos no suelen entender la utilidad de las formas, que desdeñan porque interfieren en la consumación inmediata de sus deseos e impulsos. Las formas son esenciales a los regímenes de libertad, dando tiempo a la deliberación, prudencia, cálculo del riesgo, negociación, paciencia, y supremacía de los intereses sobre las pasiones –las grandes virtudes de las clases medias, antes burguesas, quienes históricamente han sido los agentes históricos de la democracia sin adjetivos–. El propio president enfatizó la importancia de las formas con su carta a Rajoy. Obviamente, gran profesional, decía que hacía lo contrario de lo que realmente hacía.

La forma de la Catalunya soberanista no es el derecho a decidir, su última exitosa finta táctica, ni la independencia. Hasta el propio president ha confesado que sólo existe la interdependencia. Aunque con la boca pequeña, para no reconocer que ganar hoy estructuras de Estado-nación sería una victoria arcaica, menor, psicológica. Y para no revelar el peor de los horizontes, que el Estado, ya derrotado mercedamente por su indolencia, incapaz de hacer política desde dentro de Catalunya, salvo desde la franja litoral central, cierre al país en caso de independencia unilateral, por fuera, internacionalmente, y haga imposible, precisamente, la interdependencia.

Hay dos formas políticas esenciales. Una es el gobierno de los mejores, cuya degeneración es la oligarquía o los fines sin formas. La segunda es una democracia radical, cuya degeneración es la demagogia, la ausencia de fines y formas. Las formas soberanistas son radicales. Como los actos sensacionales,

excesivos y memorables que Maquiavelo recomendaba a los príncipes que querían asentar un nueva república. Así, hace un año, se presentó una muchedumbre como un pueblo, y unos eslóganes como mandato democrático. Como los espectáculos –conciertos y cadenas humanas– para mantener el bandwagon soberanista. O como el recurso último que Maquiavelo recomienda a sus príncipes: el miedo. El listado de adhesiones al Govern –el acto más desvelador del país que tienen en mente los independentistas radicales– no es publicitar a los soberanistas. Es señalar públicamente a los que no lo son. Y radical es la esperanza del soberanismo de ERC por un conflicto que culmine en un acto dramático, vencedor, presidencial.

En política las formas, los “cómos” son tan importantes como los “qués”, porque predicen la calidad de las instituciones. Y la calidad de las instituciones es el mejor indicador de la Catalunya futura. Y la radicalidad del soberanismo anuncia un Estado catalán con tenue división de poderes, hiperpresidencialista, con estructuras estatales y medios públicos al servicio de parte, donde muchedumbres y no votos marcan agendas políticas y en el que, pobres empresarios, hasta las empresas están al servicio del nacionalismo.

El president Mas no alega una Catalunya radical por vocación. Lo hace obligado, porque las clases medias, las más interesadas en evitar un conflicto imprevisible y de alta intensidad con el Estado, porque tienen mucho que ganar de la globalización, perdieron con CiU en el otoño del 2012 el control del catalanismo en favor de grupos sociales no metropolitanos, del interior del país, aquellos para los que, por estar ubicados en nichos de menor valor económico añadido para la globalización, estancados definitivamente sus estándares de vida, la interdependencia es irrelevante –los grupos representados por ERC–.

José Luis Álvarez, doctor en Sociología por la Universidad de Harvard, profesor de Insead, Francia-Singapur.